



## VOCES DESDE (Y SILENCIOS SOBRE) AQUELLAS OTRAS RURALIDADES

**Julieta Barada**

(Laboratorio de Arquitecturas Andinas y Construcción con Tierra,  
Instituto R. Kusch, CONICET, Universidad Nacional de Jujuy)  
ju.barada@gmail.com

[Fernando Vanoli, María Inés Sesma, Ana Garay y Romina Bocco (Comps.). *Hábitat rural-campesino: tensiones y disputas en la producción del territorio*. Ciudad de Buenos Aires, Café de las Ciudades, 2022, 244 pp.]

### Introducción

Ya no resulta novedoso decir que las relaciones entre el Estado nacional argentino y su ruralidad se han constituido sobre un *pecado de origen* que los ámbitos intelectuales, académicos y políticos han contribuido a sostener desde una notable ambivalencia. Ideas, conceptos que fueron repetidos, asimilados, instalados –como que somos el “granero del mundo” –, no sólo nos fueron enseñados, sino más bien colectivamente aceptados, sosteniendo la falacia del auge económico de finales del siglo XIX y comienzos del XX como aquel momento fundacional de nuestro país y también, claro, de nuestra identidad nacional. Momento al que se vuelve, incluso más de lo esperable, que se ha repetido a través de frases menos espectaculares, ya cuando la mirada decimonónica había sido intelectualmente denostada, como “el campo es el motor de nuestra economía”.

Se ha instalado en la memoria colectiva la falacia de que la riqueza del país se basa en la exportación de productos no manufacturados, en lo que se constituyó, a su vez, como la estrategia sostenimiento de la riqueza de los “dueños del granero” (Pigna, 2023). No es llamativo que esta parte de aquel pecado se encuentra presente en nuestras discusiones y tensiones más relevantes de la política económica actual, en torno al rol de los llamados *commodities*, en el marco de la expoliación de recursos minerales y acuíferos, entre otros que, evidentemente, forman parte de esa ruralidad.

En este sentido es que debemos reconocer la otra cara de la moneda, de esta relación ambivalente: el *granero* es un espacio sin vitalidad. En él, no hay lugar para las comunidades campesinas e indígenas que históricamente han sostenido, habitado, producido y

reproducido recursos en ese territorio rural. Entonces, para que el modelo económico fuera sostenido, fue necesaria su articulación con una política *civilizatoria*, que consideraba al futuro en las ciudades. Maristella Svampa (2006) propone que existe un paralelo etimológico entre civilizar y urbanizar, en un análisis crítico del modelo sarmientino. Y el campo nuevamente se constituyó, en el imaginario social, como el espacio del despoblado, aquel en el que una mano de obra sin nombre, invisible (o invisibilizada), sometida muchas veces a condiciones de vida deplorables, motoriza la vida de quienes habitamos las ciudades.

No paradójicamente, es desde esas mismas ciudades que se han constituido, también, los análisis, las políticas, las ideas y, por supuesto, las *soluciones* bien pensantes para la ruralidad. Las y los compiladores de *Hábitat rural-campesino: tensiones y disputas en la producción del territorio* se hacen eco de este *pecado* original para plantear la perspectiva que procura desplegar el libro, desde sus primeras páginas:

Esto supone perspectivas relacionales que impugnan definiciones esencialistas y dicotómicas como ciudad y campo, o progreso y atraso. Una mirada situada permite pensar sobre aquellas prácticas impuestas por la matriz civilizatoria dominante (capitalista, colonialista y patriarcal), que han diseñado e intervenido al hábitat rural-campesino de manera fragmentaria y reductivista. (Garay, Bocco, Sesma y Vanoli, 2022, p. 8)

Los términos “diseño” e “intervención” que aparecen en este fragmento no son casuales, en efecto, se desprenden de las lógicas occidentales desde las que históricamente se ha concebido al espacio, y que siguen permeando, fuertemente, los procesos de enseñanza y de producción de la arquitectura y el urbanismo. Entonces, no se trata sólo de romper esta relación ambivalente y binomial en la producción de miradas sobre la ruralidad, sino también de poder problematizar la propia matriz desde la que son generadas, cuya trayectoria no debe olvidarse sino, por el contrario, incorporarse críticamente en los procesos.

### **De la *vivienda rural* al *hábitat rural***

Como ha planteado Tomasi (2021), los estudios sobre la denominada “vivienda rural” encontraron un campo privilegiado para su desarrollo en el marco de las tradiciones de la Geografía Humana francesa y la Antropogeografía alemana de finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuyo foco ha sido el del estudio de las relaciones de las personas con el medio geográfico y sus recursos. En cierto modo, estos primeros abordajes, cuyo impacto en la Argentina se observa en las obras de De Aparicio (1931), Ardissonne (1937) y Márquez Miranda (1945), entre otros, tendieron a mirar las arquitecturas vernáculas rurales existentes en distintos sitios como *tipos* que permiten caracterizar las relaciones hombre-naturaleza, con un fuerte y evidente determinismo ambiental. Esta clave, estrechamente relacionada también con las corrientes evolucionistas, se constituyó como el marco necesario para la estigmatización de ciertos modos de vida. Esto supuso la asociación del hábitat rural, sus arquitecturas, sus técnicas, sus materiales; con la precariedad, la escasez de recursos y la falta de higiene, entre otros calificativos que persisten, no sólo en muchas de las (escasas) políticas públicas destinadas a la ruralidad, sino también –y particularmente– en los sentidos comunes de la población urbana. En efecto, la categoría de “rancho”, emergente de este contexto, ha

sido el foco de diversas políticas públicas de erradicación que no excluyeron la violencia a lo largo del siglo XX y que persisten en la actualidad (Mandrini, Cejas y Bazán, 2018).

Al mismo tiempo, y en este mismo contexto, las corrientes nacionalistas desde la arquitectura, de la mano de profesionales como Martín Noel o Ángel Guido<sup>1</sup>, encontraron en las producciones de las comunidades indígenas y campesinas del centro y norte de la Argentina, una alternativa a la retórica arquitectónica de la civilización basada en la reproducción de los estilos de las grandes capitales europeas de principios de siglo XX (Barada, 2017), en un claro diálogo con las bases propuestas por la obra de Ricardo Rojas<sup>2</sup>.

Muchas de estas ideas serían retomadas, aunque desde un enfoque diferente, en un segundo momento de estudios sobre los espacios y materialidades propias de la ruralidad en la Argentina, que tuvo lugar durante las décadas de 1960 y 1970. Esto se dio en el marco de los procesos globales atravesados por la posguerra, con la emergencia de las miradas de las geografías humanistas y feministas (Tomasi, 2012) que plantearon enfoques críticos sobre la noción de territorio, con una influencia notable de la obra de Milton Santos en América Latina. Estas perspectivas, no sólo dejaron de concebir al territorio como un mero escenario inerte sobre el que las personas ejercen su acción, sino que también revisaron su concepción geopolítica, para incorporar la idea de tensión, de disputa, de conflictividad, de violencia. En definitiva, del territorio como un proceso de construcción complejo en el que distintos agentes exponen sus relaciones de poder, reconociendo, entonces, el rol de las subalternidades en estos procesos.

Desde la arquitectura, la necesidad de pensar alternativas a la pretendida universalidad del Movimiento Moderno surgido en el período de entreguerras, tuvo expresiones diversas desde el campo profesional. Resulta interesante destacar aquellas que, nuevamente, encontraron en las arquitecturas “sin arquitectos” (Rudofsky, 1964), no sólo fuentes de inspiración para pensar en nuevos sentidos arquitectónicos en diálogo con los territorios, sino también otros marcos analíticos que intentaban romper con las miradas evolucionistas precedentes, tal como señala Tomasi (2012) sobre los textos de Paul Oliver y Amos Rapoport, ambos publicados en 1969.

Al mismo tiempo, la década de 1970 resultó clave en lo que respecta a la redefinición del rol disciplinar de la arquitectura, que implicó el inicio de un camino de revisión no resuelto, sobre las responsabilidades sociales de las y los profesionales en dos sentidos: en relación con sus objetos de estudio y con las características de su práctica. En vinculación con lo primero, no es casual la emergencia del uso del concepto de hábitat como término que, sin estar exento de su propio pecado de origen asociado a la biología (y entonces, en cierto modo, heredero, de las miradas evolucionistas y sus persistencias), se comenzó a emplear para pensar a la arquitectura de un modo más integral. Esto permitió involucrar la labor profesional en la responsabilidad de garantizar el acceso a condiciones de vida dignas

<sup>1</sup> Algunas referencias sobre estos aportes pueden encontrarse en las obras de Martín Noel “Fundamentos para una estética nacional. Contribución a la historia de la arquitectura hispano-americana” (1926), y de Ángel Guido “Fusión Hispano-indígena en la arquitectura colonial” (1925). Asimismo, una interesante revisión del rol de estos autores, entre otros, sobre el lugar del indigenismo, y en particular del noroeste argentino, en la construcción de una estética nacional en las primeras décadas del siglo XX puede observarse en el trabajo de Pablo Fasce “El noroeste argentino como entrada al mundo andino: nativismo y americanismo en los debates estéticos de principios del siglo XX” (2018). Disponible en: <https://journals.openedition.org/artelogie/1843?lang=en>

<sup>2</sup> Sobre el rol de Ricardo Rojas como referente en estos procesos, puede leerse su obra central: *Eurindia* (1924).

en la población, e incluir el pensamiento e incluso la intervención sobre aquellas arquitecturas del campo popular y rural, entre otras, que no habían formado parte de los intereses profesionales previos. Sobre lo segundo, en relación con la mirada sobre la propia práctica, empezaron a considerarse los abordajes participativos en un amplio espectro de experiencias y miradas que encontraron, tal vez, su máximo referente en la obra de John Turner (1976), y que procuraron plantear la revisión del rol de las y los profesionales en los territorios. En cierto modo, estas trayectorias, que no han sido exclusivas de la arquitectura como disciplina, forman parte de las líneas de pensamiento crítico y propuestas de acción territorial de este libro:

En este sentido, el libro pretende exponer algunas discusiones teóricas en diálogo con abordajes empíricos, como también de experiencias de investigación participativas, que se fueron tejiendo a partir de problematizar tensiones entre lógicas desarrollistas y extractivistas y, lógicas comunitarias y solidarias. En esos cruces, los trabajos recopilados ponen el acento en el modo en que diferentes procesos disputan la producción del territorio rural-campesino, tematizando sobre cuestiones centrales que hacen al abordaje integral de las diferentes dimensiones del hábitat: la organización espacial, los saberes propios del territorio, la cuestión agroalimentaria, lo doméstico y la vivienda, el rol de las mujeres, las políticas públicas, el trabajo y la producción. (Garay et al., 2022, p. 8)

Tal como proponen las y los compiladores del libro, las aproximaciones contemporáneas al problema de la vivienda implican, necesariamente, la concepción de un enfoque relacional que involucre la comprensión de prácticas productivas, económicas, comunitarias, domésticas, en definitiva, sociales, que se construyen y reconstruyen en la materialidad, en el sentido planteado por Miller (2005). Como han propuesto Carsten y Hugh-Jones (1995) en relación con las denominadas *sociétés à maison* de Lévi-Strauss, la materialidad de la casa no puede ser pensada como un mero contenedor de las actividades del grupo social, como una realidad dada, sino más bien como un elemento que es construido por ese grupo en el tiempo y que, a su vez, construye su existencia como tal. Resulta superador pensar en este devenir conjunto entre los espacios, los objetos, las personas, tal que la sola idea de explicar las características de lo uno o lo otro en la clave tipológica que mencionábamos para las miradas de comienzos del siglo XX (asociada, también, a la idea de los estadios evolutivos de Morgan), es desterrada.

Habitar el mundo no es actuar sobre el mundo, sino con el mundo, plantea la mirada relacional de Tim Ingold (2000). Es justamente en la acción donde se pone el eje del análisis. Lejos de pensar al hábitat como un compuesto de objetos inanimados, la perspectiva del habitar que de distintas maneras reproducen los trabajos que forman parte de este libro, nos permite, empleando los términos del propio Ingold (2000), volver las cosas al flujo de la vida, a la vez que abre las puertas a la necesidad inexorable de la construcción de “conocimientos situados” (Haraway, 1995). En este sentido, podemos decir que se trata de un conocimiento situado –no sólo porque emerge de los propios territorios, desde una perspectiva que parte de las voces, las ideas, los sentidos, las prácticas, de las comunidades campesinas e indígenas– sino también porque se hace cargo de la historia que está inscrita en estos mismos territorios para debatir sobre sus persistencias y así reconocer la complejidad de sus disputas, de sus conflictos y, finalmente, de sus vivencias.

## Miradas transdisciplinarias

*Hábitat rural-campesino: tensiones y disputas en la producción del territorio* es producto del trabajo colectivo de un equipo interdisciplinario que articula a un conjunto de profesionales emergentes en el campo. Sus compiladores y compiladoras plantean la necesidad de una mirada transdisciplinar pero que, a su vez, se pretende específica y desafiante para cada autor y autora, desde su especificidad. Esta articulación que muestra la publicación, entre aportes provenientes de la arquitectura, la comunicación, las ciencias políticas, el trabajo social, la filosofía y la nutrición, nos habla de la multiplicidad de miradas y relaciones necesarias para abordar, finalmente, la tensión que emerge del impacto de las políticas públicas y el despliegue del aparato capitalista en los territorios rurales, pero que deviene, también, en una larga data de las complejas trayectorias entre el hacer profesional y las prácticas, las ideas, los intereses, los sentidos de las distintas comunidades y grupos sociales con los que trabajamos.

El libro está editado por *Café de las Ciudades* y, en este marco, no es un dato menor. Una editorial con una trayectoria conocida y relevante en el campo de los estudios urbanos que, a lo largo de más de veinte años, se ha constituido como lugar de encuentro y reflexión sobre distintos temas de la agenda urbana de los y las profesionales.

Es en ese contexto que hoy se brinda un espacio para la publicación de un libro que, justamente, busca repositionar el rol profesional en la doble clave que observábamos hace un momento: desde un corrimiento de los objetos de estudio urbanos, comprendiendo al hábitat rural como un complejo plausible de ser comprendido y problematizado y, por lo tanto, desde el necesario corrimiento que exige el rol profesional para una comprensión situada de los procesos. Como planteamos anteriormente, y tal como el libro versa, no se trata simplemente de ampliar el campo de acción, o de mirar esas otras arquitecturas. Pensar la ruralidad desde la ruralidad es el desafío. Un desafío que, primero, debe correr el velo de aquello que por años se ha hecho invisible y, al mismo tiempo, permitirnos no sólo pensar, sino afirmar que es necesario desterrar la idea que desde las ciudades se *soluciona* el campo. En este sentido, la obra expone análisis que se despliegan en diferentes escalas, que van desde el espacio doméstico a los territorios atravesados por el avance de la frontera agropecuaria, y que, entonces, nos invitan a comprender otras ontologías en torno a la casa, pero también sobre la naturaleza y la propia noción de recurso, en un complejo de construcciones que, a su vez, no son aisladas.

Este libro, en sus múltiples abordajes, nos invita al desafío, al conflicto no resuelto entre la práctica profesional y los territorios, con una mirada que, situada en esos otros, otras, otras, y a través de diferentes enfoques y metodologías, nos permite repensarnos. Invitarnos a la reflexividad de mirar de una manera distinta, que habilite en su minuciosidad, el encuentro con aquellos matices, esos intersticios, esos lugares, en los que las personas con las que trabajamos hablan, habitan y también construyen.

El amplio desafío del que este libro es parte, es romper no sólo con las miradas estigmatizantes sobre la ruralidad, visibilizar lo *invisible*, sino uno mucho más complejo que es el de desarmar las miradas románticas que muchas veces se nos entreveran con las más progresistas. Trasladarnos a los territorios es, al mismo tiempo, permitirnos el extrañamiento

que nos acerque a la comprensión de los procesos en un marco ontológico diferente, pues las negociaciones, los intereses y los deseos de las personas no son tan lineales y, definitivamente, están profundamente atravesados por la historia que reconstruíamos algunos párrafos atrás. Además, muchas veces se entretrejen, incluso, con aquellos sentidos hegemónicos que, como científicos sociales impugnamos desde el *paper*.

Entonces, es este desafío al que contribuye este libro y cuyo guante tenemos que recoger nosotros, que no estamos ajenos a la producción de políticas públicas, y mucho menos del *pecado de origen*, para seguir caminando en la definición de roles profesionales cada vez más diversos, más reales, más horizontales y entonces, más justos.

### Referencias bibliográficas

Ardissone, R. (1937). Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales en la provincia de Jujuy. *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, Tomo V, pp. 349-373. Imprenta y Casa Editorial Coni.

Barada, J. (2017). Un pueblo es un lugar. Materialidades y movilidades de los pastores puneños ante las lógicas del estado. Coranzulí, Jujuy, Argentina (Tesis de doctorado inédita). Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Carsten, J. y Hugh-Jones, S. (1995). *About the house. Levi-Strauss and beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.

De Aparicio, F. (1931). *La vivienda natural en la Región Serrana de Córdoba*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Ingold, T. (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres: Routledge.

Mandrini, M. R.; Cejas, N. y Bazán, A. (2018). Erradicación de ranchos, ¿erradicación de saberes? Reflexiones sobre la región noroeste de la provincia de Córdoba, Argentina. *Anales del Instituto de Arte Americano*, 48(1), pp. 83-94. FADU, UBA.

Márquez Miranda, F. (1945). El ambiente geográfico y la vivienda rural en Iruya y Santa Victoria (Provincia de Salta), en: *GAEA. Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, V, pp. 317-337. Imprenta y Casa Editorial "Coni".

Miller, D. (Ed.) (2005). *Materiality*. Durham: Duke University Press.

Oliver, P. (1969). *Shelter and Society*. London: Barrie & Rockliff, The Cresset Press.

Pigna, F. (2023). El modelo agroexportador, el "granero del mundo". Buenos Aires: *El Historiador*. En línea en: <https://www.elhistoriador.com.ar/el-modelo-agroexportador-el-granero-del-mundo/>

Rapoport, A. (1969). *House, form and culture*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.

Rudofsky, B. (1964). *Architecture without architects*. Nueva York: Doubleday & Company.



Svampa, M. (2006 [1994]). *El dilema argentino: civilización o Barbarie*. Buenos Aires: Ediciones Taurus.

Tomasi, J. (2012). Mirando lo vernáculo. Tradiciones disciplinares en el estudio de las “otras arquitecturas” en la Argentina del siglo XX. Revista *ÁREA. Agenda de Reflexión en Arquitectura, Diseño y Urbanismo*, 17, 69-83. FADU, UBA.

\_\_\_\_\_ (2021). Vivienda rural campesino-indígena (Argentina, siglos XX-XXI), en: Muzlera, J. y Salomón, A. (Eds.). *Diccionario del agro iberoamericano*, 1099-1105. Buenos Aires: Tesseo Press.

Turner, J. (1976). *Housing by People. Towards autonomy in building environments*. Londres: Marion Boyards.